


Ramiro Troncoso V.

Discurso pronunciado en la manifestación que la ciudad de Concepción tributó en homenaje a don Enrique Molina

“ON Enrique, como lo llama toda la ciudad; señor Intendente, señoras, señoritas, señores:

En esta manifestación sólo hay el deseo unánime de rendir homenaje de la ciudad al señor Enrique Molina, el gran educador que se aleja de la enseñanza fiscal después de haber actuado en ella durante cerca de medio siglo.

Los veinte y más años de rectorado del Liceo de Hombres desempeñados por el señor Molina, son un valor para la cultura de Concepción y de la extensa zona que vive de los reflejos de nuestra vida espiritual.

Pero la obra grande que lo enaltece ante el concepto de todos los habitantes de esta ciudad, la obra por él construída, que tiene repercusión nacional y trascendencia cada vez más acentuada en el exterior, es la Universidad.

Concepción era hasta hace algunos años la ciudad histórica, el emporio del comercio del sur del país. No había valores que se elevasen sobre sus tradiciones guerreras, sobre sus afanes materiales, sobre su encastillamiento cerrado a los rumores de la evolución que se esparcen y envuelven al mundo entero.

La Universidad ha modificado todo esto y hoy en día, sabios profesores extranjeros, eminentes escritores nacionales, distinguidos profesionales de esta ciudad realizan la grande obra que se extiende mucho más lejos de los límites de la ciudad y de la provincia y que ya empieza a hacerse sentir en otros países, como manifestación de la vida intelectual de Concepción y del sur de Chile.

La ciudad crece, se agranda, pero más que su prestigio material, gana horizontes de esperanzas en la inteligencia y en el saber. En estos dos aspectos, está palpitante la obra de la Universidad, y en el fondo de ella, como resumen y epítome, la de su presidente que hoy se desliga de las funciones fiscales para dedicar un tiempo más amplio y más sereno a esta construcción hermosa de Concepción y del sur del país.

Podemos ya imaginar la vasta trayectoria que la Universidad trazará en Chile, y es posible que fuera de Chile. Empresas animadas de un soplo poderoso como es ésta, no tienen un límite, una demarcación que pueda aislarlas del gran conglomerado de las necesidades de cooperación universal!

El señor Alcalde de Concepción me ha honrado con la misión demasiado elevada para mí, de decir al señor Molina las palabras de oferente de esta fiesta, palabras en que desearía verter el pensamiento que hay en el fondo de todos los que nos rodean, que flota sobre la ciudad y que vive en el alma de sus habitantes.

Sólo hallo motivos y fuerzas, en cuanto concierne a mí mismo, para cumplir esta petición del jefe del gobierno comunal, en el hecho de haber vivido una parte de mis años de estudiante, en las cercanías del señor Molina. Mucho antes que llegase al Liceo a desempeñar las funciones que ahora abandona, hace ya cerca de treinta años, los que ingresamos al internado oíamos con frecuencia el nombre del señor Molina que quedaba resonando en la memoria de todos, como se hubiera dejado un halo de luz imperceptible sobre los viejos patios, en las vastas salas de clase, en el ambiente lleno de cuentos y de tradiciones que la imagi-

nación de los estudiantes había hecho la obra de embellecerlos y de darles cierto sentido de unidad, cierto carácter que concordaba con la fisonomía interior del colegio.

El nombre del señor Molina fué, de esta guisa, familiarizándose entre los muchachos de mi tiempo. Para todos nosotros era el Maestro que continuaba su labor en los liceos de otros pueblos, donde hay muchos hombres que lo recuerdan con respeto y con cariño.

Los que fueron sus alumnos en este primer período de su presencia en el Liceo, iban desapareciendo; pero siempre perduraba una actitud de admiración y de esperanza entre los que no le conocíamos y que recogimos de los que nos antecedieron, este recuerdo amable acerca de la personalidad del gran profesor, que daba a sus alumnos sabias enseñanzas y la amistad fundida a tono con la alta ley de sus valores espirituales.

Ruego que se me perdonen estos recuerdos. En oportunidades como éstas, deben primar las razones sobre los sentimientos. Heráclito decía que los sentimientos son brumas densas y matizadas de colores. Y un comentarista ha agregado que así es, porque no dejan al hombre marchar en línea recta.

Todo lo que he dicho expresa lo que era para nosotros la sombra del Maestro, tal como la habíamos conocido a través de la tradición liceana.

Un día llegó el señor Molina y nos dijo a los que ya íbamos a terminar nuestros estudios: ustedes, deberán amar la Belleza, como la amaban los griegos; deberán amar la Verdad, como la amaron los persas, y deberán tener siempre el corazón abierto a la bondad, como lo hacen y lo han hecho en todas las edades los hombres que realizan de sus vidas obras de gran dignidad.

Nos dió la lección perfecta. Es la lección de Luis de Zulueta en la residencia de estudiantes de Madrid. Es la lección de todos los grandes pedagogos que procuran hacer de los hombres seres felices, dentro de una armoniosa formación espiritual.

Decían los antiguos que de la cabeza del Dios Apolo brotaba

la sabia gentilidad, que llovía la hierba Panacea, que era remedio de todos los achaques y la salud de los pueblos.

¿Qué otra cosa puede pedirse que no sea la salud que hacen en las almas en formación, los maestros de la juventud, como es don Enrique Molina?

«Arde la vela y alumbra, y al paso que da su luz a otros, se va consumiendo y deshaciendo». Así decía el maestro de un joven rey español de la Edad Media, refiriéndose a la labor de guiar a un pueblo que buscaba orientación en el laberinto de sus propias pasiones, y de las pasiones más extensas de la humanidad.

Arde la vela y alumbra. Pero en la vida moderna, las antorchas, las grandes luminarias que encauzan la existencia de los hombres y de los pueblos, son los que tienen en sus manos puras de maestros la misión de formar la mentalidad de los que vivirán mañana.

En este aspecto, el señor Molina ha cumplido, y para felicidad de nosotros, seguirá cumpliendo esta noble labor de iluminación de los hombres futuros. Menos mal que no es antorcha que se deshace, que todavía, y por mucho tiempo, puede arrojar claros y bellos destellos en el alma de la juventud. Ruego al señor alcalde que perdone que en este momento en que trato de cumplir el pedido que me ha hecho de representarlo, cosa que me place profundamente, porque es, indirectamente, una oportunidad de exteriorizar el pensamiento de la ciudad, añada a estas frases dos palabras personales.

Soy, como lo he manifestado, de los viejos ex alumnos del señor Molina, y quiero interpretar, sin que nadie me haya autorizado, pero convencido de que estoy en una actitud cierta, el pensamiento de todos los que recibieron la transparente influencia cultural y pedagógica de don Enrique Molina. Lejanos, por todas partes del país, diseminados como semillas de una cosecha que se esparce para ser útil a todos, estoy seguro, porque conozco a muchos de ellos, aquí presentes algunos y otros muy

distantes, como tienen siempre a flor de labios y en las honduras del alma y de los recuerdos de la mocedad estudiantil, expresiones de afectos y de agradecimientos para el Maestro que nos dió orientaciones de vida intelectual.

Despedimos un aspecto de la hermosa existencia de nuestro festejado, hermosa porque ha cumplido con creces lo que los hombres debemos hacer en este camino ligero por donde todos vamos. Conozco su optimismo y sé cómo entiende el andar por nuestros senderos de efímeros.

Pero junto a él ha habido siempre la actitud amable y la sombra celeste de su esposa, que a la ciudad de Concepción merece tanto respeto como nuestro festejado.

El señor alcalde de Concepción rinde un homenaje y eleva su copa por nuestros dos invitados de honor».